

Casa del Migrante (Zacatecas)

Por: Leodan Adulio González Esparza (México, 2002)

Cada ser existente en este mundo se decepciona del país inconscientemente donde nació, soy venezolana y me decepciono de la vida dura que existe haya: mucha violencia, muchos asesinatos, drogas, prostitutas y ladrones. Cualquier venezolano desearía vivir en Estados Unidos donde la vida es perfecta, siempre hay efectivo y trabajo, pero los estadounidenses se decepcionan por lo mismo que nosotros. La diferencia es el poder desarrollarse libremente, en Venezuela como decimos allá “Echarle un pichón” que significa: esforzarse para lograr algo. Sin embargo, los pocos venezolanos que pueden vivir allá es estar relacionada con la política, y es por eso por lo que ahora vamos en camino a México donde cuentan que no es el mejor país, pero tampoco es tan malo. Por lo que me cuentan, México siempre ha sido una combinación de culturas, de muchas nacionalidades, y a veces te puedes pasar ilegalmente y llegas a un estado central no te dicen nada.

Solo íbamos yo y mamá, saliendo del país. Mamá ahorro dinero para viajar hasta la argentina para irnos a México en avión, fue mejor idea que cruzar el mar, mayormente los venezolanos que escapan están prácticamente amenazados en automático al regresar. Por aquel entonces yo tenía por lo menos 13 años, mi madre 28, e íbamos en camino hacía la nueva ruta de escape, por fortuna no sé como hizo

al respecto de los pasaportes y realmente no me importo. Con salir del país donde te compras algo con mucho esfuerzo te lo roban en menos de una semana.

Llegando a México fuimos llevados a un lugar llamado: “Casa del Migrante”. Donde nos recibieron con las palmas abiertas dándonos un techo, esto prácticamente —pienso yo— que en ningún país se hace el honor de proteger a los migrantes. A mamá después de muchas entrevistas y condiciones, le dieron un tiempo para conseguir un poco de dinero para pagar la pequeña cuota de la vivienda, y yo por fin después de cinco años tenía el alimento asegurado de día a día. Se siente bonito.

El refugio tenía por más de quince personas complementadas, ninguna de ellas hombres, solo mujeres, niñas y niños, pero no hombres por lo que podía dormir segura. El lugar de dormir era tamaño mediano, una cama simple, y un baño dentro de la misma habitación, las mujeres tienden al exterior sus ropas sin penas de que los demás lo vean. Todos comprendemos. Chiquinquirá es mi nombre, pero la mayoría me dice Chiqui, recortando el trabalenguas para las lenguas de los Zacatecanos, y todo estaban aquí por la misma razón: escapas de su país para obtener una buena vida.

Entre nosotros se hallaba una madre y su hija negra. Alike se llamaba la pequeña refugiada desde hace más de un año junto a su madre, su destino era llegar a lo que todos titulamos: “El Deseo Americano”, pero la retornaron, y se quedo en México donde le ha ido de maravillas. Más específicamente en Zacatecas, en la Casa del Migrante, ha obtenido su madre un empleo en un supermercado

acomodando los productos. El caso de ella puede ser más difícil que el mío por el color de piel, pero en Zacatecas y mayoría de México no es así: por lo mínimo ha de existir más de cien familias de diferentes países residentes en este lado. La sangre auténtica mexicana se ha perdido por completo por los años en su combinación con otros genes, y eso hace a México en un país lindo: muy pocas veces discrimina.

Alika se hizo mi mejor amiga durante la estancia en la Casa del Migrante, ella tenía nueve y yo trece, me enseñó unas palabras en Suajili:

Habari significa hola y Kwari adiós. Tafadhali es igual a por favor y gracias Asante.

En una tarde que estábamos libres me propuse a peinar todo su cabello esponjado haciéndole muchas trenzas, preparé el cabello totalmente mojado para manipularlo mejor. Y con las ligas sobre la cama me propuse a comenzarle las trenzas, de principio era complicado porque las ligas se reventaban, una medio en la oreja y aullé. Después de una hora estuvo lista la misión, ahora era la Alika “Entrenzada”, y se las dejó por una temporada hasta que la mayoría de las ligas se reventaron.

Mi madre consiguió un trabajo cerca de la Casa del Migrante, trabajaba en una dulcería como cualquier trabajadora para su edad. Yo por mi parte hacía mi parte en no ocasionarle más problemas. Según la palabra de la nueva psicóloga Victoria Blum estaban arreglando nuestros papeles modificando nuestra nacionalidad, cambiándola por zacatecanas. Según sus palabras esto servirá para obtener más oportunidades, trabajar en instituciones y lugares complejos donde te ofrecen un

seguro de vida. Toda una locura. Por lo mientras a trabajar en una dulcería temporalmente.

Pagaba la cuota puntualmente y parecía sorprendente.

Había días donde comíamos las mismas cosas todos los días. Y aquí hay un plato diferente todos los días, además todo esto de la mesa estaba fresco, las naranjas las manzanas, los plátanos e incluso la sandía, me sentía como el cielo: en los supermercados de Venezuela venden todo podrido, desecho, horriblemente en estado de descomposición. Aquí todo fresco. Santo dios, esto que sí es vida.

Seis meses después le arreglaron los papeles a mi madre junto a los míos donde nos definían como ciudadanas de Zacatecas, esto será jodido pero me sentí super feliz que diga zacatecana que zuliana. Mamá con los tan dichosos papeles, solicitudes de trabajo empezó a buscar a ver sí era cierto, comprobar las tantas promesas notificadas para este país. Mamá fue de esas extrañezas que pudo acabar la preparatoria en Venezuela, he de suponer que aquí la educación es mucho mejor que haya. Tres días después paso lo mismo a la madre de Alike.

Una semana después mamá termino siendo contratada en una institución del gobierno trabajando como barrendera, fue bueno por el momento y de ahí, me introdujo a mi a la escuela primaria a quinto donde me había quedado desde hace un año. Cuando me platico cuanto ganaba mientras estábamos en cama casi me ahogaba con mi saliva, parecía mucho ganar 115 dólares en una quincena —en Venezuela siempre convertimos la moneda en dólares— además, también

proporciona un seguro. Haya el salario mínimo no nos alcanzaba prácticamente para nada, comprábamos comida o pagamos la casa, pagamos la casa o comprábamos comida y de una manera u otra no organizábamos.

Mi deseo siempre desde que tengo razón es ver mi refrigerador lleno; no es nada malo, es enserio, nadie sabe lo que es sufrir realmente hambre.

Dos años después nos salimos por cuenta propia de la Casa de Migrante para que alguien lo ocupe, mientras nosotros formábamos nuestra propia vida, mamá consiguió rentar una casa y a la misma vez satisfacer nuestras necesidades. Mamá me platico de un sistema extraño llamado Infonavit donde después de trabajar tanto tiempo puedes pagar una casa en 30 años, ¿cómo me quede yo? Con la boca abierta. Poder hacer algo así es sorprendente, el comprar una casa en Venezuela parecía simple por estar barata, una casa de lujo con vistas al mar cuesta a penas medio millón de pesos (o veintiún mil dólares), pero con el salario nuestro ni una casa de esa ajustábamos.

Amo a Zacatecas, lo aprecio como muchas personas nacidas aquí no comprenderán, es seguro caminar por las calles libremente sin el temor de que una moto se te pare a lado y te saque una arma. Y mucha gente amable que te da los buenos días, las buenas tardes, e incluso las buenas noches. Algunos países como el mío están mal por un mal guía, y deben de aprender a mejorar, los Zacatecanos Verdaderos han de encontrar sus fallas y también puede mejorar. Pero la mejor educación no viene de la escuela sino de casa cuando te enseñan a ayudar a los

demás, ser amable y ser reconsiderado con tus semejantes, ayudar a los que no son de tu país.

Exactamente como nos ayudaron a mi madre y a mí.